



DE BELÉN A LA PASCUA

P. ALEJANDRO BELTRÁN
Sacerdote y misionero digital

COME
And SEE
FOUNDATION

The
CHOSEN



De Belén a la Pascua

El Niño nacido en Belén, acostado en un pesebre de piedra y envuelto en pañales, es ya el Cordero sin mancha que cura nuestras heridas. Desde la cuna hasta la cruz, su vida entera es un único acto de amor redentor. La Navidad no se entiende sin la Pascua, ni la Pascua sin la Navidad: ambos misterios forman parte del único designio de salvación de amor de Dios.

Texto bíblico: Isaías 53, 4-5 | Lucas 2, 12

La escena...

En Noche Santa, contemplamos cómo María deposita al Niño en un pesebre de piedra, envuelto en lienzos. En la escena se observa que son los mismos lienzos que usaban los pastores de Belén para envolver a los corderos recién nacidos, asegurando que no tuvieran defecto alguno antes de ser destinados al sacrificio en Jerusalén. La película añade un detalle muy evocador: parte del lienzo que cubre al recién nacido se usa como vendaje para una herida de un pastor. Esta escena adelanta la vida de Jesús, Él viene a cubrir y sanar nuestras heridas. Por su encarnación Jesús viene a tocar toda nuestra realidad humana, y a cubrirla con su amor.



La Navidad y la Pascua son dos momentos inseparables del único misterio de Cristo. Lo que contemplamos en Belén tiene ya como horizonte el Calvario y la Resurrección, nuestra salvación. No se trata de dos historias distintas, sino de dos capítulos de la misma obra de amor.

La escena del pesebre donde María deposita a Jesús no es un detalle decorativo, sino un signo cargado de teología. Los evangelios nos dicen: “Lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada” (Lc 2,7). Ese pesebre probablemente era de piedra, como los que se usaban en Judea. No es un mero dato arqueológico, sino una señal profética: la piedra del pesebre remite a la piedra del sepulcro (Mt 27,59-60). Cristo abraza desde el inicio nuestro destino humano: “Se despojó de sí mismo tomando condición de siervo... y se humilló hasta la muerte, y una muerte de cruz”(Flp 2,7-8).

Lo mismo ocurre con los pañales. El ángel dice a los pastores: “Esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12). La señal no es simplemente un bebé bien abrigado; la señal es un niño envuelto como un cordero de sacrificio. En la tradición judía, los pastores que cuidaban los rebaños destinados al templo envolvían a los corderos recién nacidos en lienzo para protegerlos y asegurar que no tuvieran defecto. En Belén, la “Casa del Pan”, nace el verdadero Cordero que será ofrecido en Jerusalén para la redención de todos.

La carta de San Pedro lo proclama: “Habéis sido rescatados... con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto y sin mancha” (1Pe 1,18-19). Y san Pablo recuerda: “Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado” (1Cor 5,7). La cuna y la cruz se iluminan mutuamente: el Niño acostado en un pesebre es ya el Cordero que viene a salvarnos.

El lienzo que envuelve al Niño Jesús, en un momento de la película, es rasgado para vendar la herida de un pastor. Este gesto, sencillo y simbólico, añade un matiz pastoral profundamente bello: Jesús no se mantiene distante de nuestras fragilidades y de nuestras heridas, sino que las asume, las sana y las redime. Desde su misma Encarnación, Dios entra en lo más concreto de la vida humana: la ternura de una familia que acoge, la alegría de un nacimiento esperado, pero también la dureza de la indiferencia y el rechazo —“no había lugar para ellos en la posada” (Lc 2,7). El Hijo de Dios toca nuestras luces y nuestras sombras, nuestra carne herida y nuestras esperanzas.



Como proclama Isaías: “Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores... por sus llagas hemos sido curados” (Is 53,4-5). El Salvador se reviste de nuestra humanidad quebrada para sanarla desde dentro. Ese mismo lienzo se convierte en signo del Buen Pastor (Jn 10,11), que no solo cura las heridas de su rebaño, sino que entrega su propia vida por aquellos a quienes llama amigos (Jn 15,13-15).

En la liturgia, este misterio se hace actual. En cada Eucaristía podemos contemplar la Navidad y la ascua: el Pan de Vida que se nos da en el altar es el mismo Cuerpo nacido de María y entregado en la cruz. El pesebre de piedra se prolonga en el altar, y el altar anticipa la mesa del Reino. Por eso, la Iglesia canta en Navidad: “Hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2,11), y en la misa repite: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

Celebrar la Navidad no es solo dejarnos conmovir por la ternura de un niño recién nacido; es reconocer que en ese Niño se nos ofrece la salvación, el cumplimiento del proyecto de Dios que viene en nuestra búsqueda. Como proclama María en su Magnificat: “Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación” (Lc 1,50), y ese mismo amor quiere hoy colmar de alegría y esperanza a un mundo herido por el dolor y la incertidumbre. Al contemplar el pesebre de piedra —símbolo de la dureza y fragilidad de nuestra existencia— descubrimos que Dios no permaneció en lo etéreo: se hizo carne (Jn 1,14), abrazó lo más áspero de nuestra condición, y desde allí abrió para nosotros la puerta de la vida eterna (Jn 10,9).

Belén y Pascua, cuna y cruz, pañales y sudario, pesebre y sepulcro... todo está unido en un mismo misterio: el amor de Dios que se entrega para hacernos libres.

Conclusión.

Belén es la antesala de la Pascua. La ternura del Niño y la grandeza del Redentor no se oponen: son el mismo misterio de amor. El Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre es el mismo Cordero sin mancha inmolado en la cruz y resucitado glorioso. Contemplar su nacimiento nos invita a vivir con esperanza y a reconocer que nuestra vida, con todas sus heridas, puede ser envuelta y sanada por su misericordia. Dios se hizo carne para abrazar toda nuestra realidad hasta el final. En esta Navidad dejémonos envolver por la ternura del niño que nos visita, por el cordero que se entrega por nosotros.



Preguntas para la Vida

1. Cuando miro el pesebre, ¿reconozco en ese Niño al Cordero de Dios que viene a asumir mi vida, mis heridas y mi historia tal cual es?
2. ¿Permito que Cristo cubra y sane mis heridas con su amor, como el lienzo envolvía al Niño, o aún temo mostrarle mi fragilidad?
3. ¿Cómo puedo imitar al Buen Pastor, curando las heridas de los demás con gestos concretos de misericordia?

Canción recomendada:

Venid fieles todos (Adeste fideles),



P. ALEJANDRO BELTRÁN | Sacerdote católico

Presbítero de la Diócesis de El Alto (Bolivia) y miembro de la Comunidad Misionera de Cristo Pastor. Actualmente desarrolla su misión pastoral en Valencia, España.